

El verdadero Samor\$ de Walt Disney

Marlene Wurfel

Título original: [Walt Disney's True L\\$v\\$](#)

Autor: Marlene Wurfel

Origen: Z Magazine, junio de 1999

Traducido por Alfred Sola y revisado por Cristina Feijoo y Lucio Salas, abril de 2000

A ver, ¿cuán pasivas, sumisas e insípidas deberían intentar ser las jóvenes de hoy? Si seguimos las indicaciones de Disney, su estado ideal sería el comatoso, preferiblemente desafiando las leyes de la descomposición en un ataúd de cristal en algún sitio, o catalépticas, con cabellos dorados perfectamente arreglados, sobre una almohada encantada en un reino encantado.

El tipo de papilla que Disney ofrece sobre lo que significa ser joven y mujer es increíblemente misógino. El mensaje está meridianamente claro: buena + guapa + pasiva + virginal + comatosa + blanca y/o abnegada + doliente = \$ un \$\$ bello \$\$\$ príncipe \$\$\$\$. Para ser justos, Disney sí ofrece una alternativa. Si insistes en ser mujer, también puedes ser activa, agresiva, egoísta, ladina, independiente, horriblemente fea, amargada y destructiva. Si escoges este camino, puedes llevar sombra de ojos color púrpura y mantones negros, pero nadie te amará, y con razón. Serás mala.

Las comerciales historias de Disney tienen una agenda muy clara. Disney adoctrina a las jóvenes mentes en un modo compatible con las normas y valores dominantes de una sociedad capitalista y patriarcal. Esto sirve a los propios intereses de Disney porque, por supuesto, el objetivo final es el dinero. Disney sirve a los que tienen dinero. El mercado de "las niñas" es de hecho el mercado de los padres de las niñas, así que las películas están cortadas por el patrón de las preferencias sexuales y valores conservadores de la clase dominante estadounidense. Disney no se preocupa por los intereses de las niñas. Las niñas se convierten en consumidoras pasivas y encantadas de una pesadilla capitalista y patriarcal porque está aderezada con zapatillas de cristal y castillos relucientes. Esos son los premios materiales que endulzan el mal trago.

Disney hace algunos intentos para disimular la porquería moral que sirve en sus platos dorados. Disney imbuye en sus films la idea de que las historias están gobernadas por leyes naturales, y crea la perversa impresión de que los cuentos son intemporales.

Los cuentos de Disney ocurren "una vez en un reino lejano". Se plantean desde el supuesto de que no es Disney quien cuenta las historias; que Disney simplemente está volviendo a contar una encantadora historia que ha sido querida y apreciada durante siglos, y que es intemporal porque habla de verdades universales y por tanto tiene interés universal. Es un supuesto falso y vomitivo.

Las historias que cuenta Disney no son historias antiguas y anónimas que expresen verdades universales; al contrario, son el producto de una agenda política contemporánea específica: las proyecciones actuales de los valores y normas defendidos por Walt Disney. En "*Cuentos de*

hadas y el arte de la subversión: El género clásico para niños y el proceso de la civilización", Jack Zipes, un estudioso muy notable de los cuentos de hadas, destruye por completo el mito de la atemporalidad de las versiones de Disney de las historias que conocemos. Zipes nos muestra una historia muy atractiva del género de los cuentos de hadas, redimiéndolos.

En realidad, los cuentos de hadas vienen de una larga y venerable tradición oral. En Europa, y en todo el mundo, las mujeres han estado contando mitos, tejiendo cuentos y enhebrando historias. Estas expresiones se remontan a las moradas pre-capitalistas de artesanos y campesinos, donde los niños oían los cuentos de boca de sus madres, abuelas y bisabuelas. Durante siglos, los cuentos fueron una apreciada tradición oral y matriarcal.

El cuento de hadas se puso por escrito por primera vez en Europa para que una clase más sabia y más educada pudiera manejar mejor la vasta tradición oral de la burguesía. Los cuentos se discutían entre aristócratas, que podían separar mejor el grano de la paja; siendo el grano las normas y valores de una élite "civilizada" y la paja cualquier sugerencia de rebelión de clases, funciones corporales o iniciativa femenina. Los cuentos fueron insertados en un discurso aristocrático de valores, costumbres y modales para que sirvieran mejor para enseñar a los niños a comportarse de manera civilizada.

En esa encrucijada, en el siglo XVII, se entendía que el objetivo de los cuentos era adoctrinar a los niños con sistemas de creencias culturalmente específicos, y no simplemente entretenerlos. De alguna manera, nos hemos hecho insensibles a esa idea, y hemos adoptado la creencia de que los cuentos son "encantadores", "entretenidos" y que de hecho no deberían ser estudiados o criticados en un contexto socio-político a riesgo de perder la "magia" de esas historias. No obstante, desde que se pusieron en papel, se ha sabido que los cuentos tienen consecuencias poderosas sobre las mentes jóvenes. Son herramientas para enseñar a los niños las consecuencias de acciones concretas. Los cuentos de hadas perpetúan los roles sexuales y premian cierto tipo de conductas mientras castigan otras.

Charles Perrault, a finales del siglo XVII, fue uno de los primeros autores en escribir cuentos de hadas en Francia. A él le debemos "La Caperucita roja". Merece nuestra especial condena por su maravillosamente creativo nuevo final. En la versión oral tradicional, la niña urde un inteligente plan para escapar del lobo. En la versión de Perrault, se añade la generosa intervención de un leñador heroico para salvar a la niña de su propia estupidez. De forma brutal, una antigua historia sobre una niña lista se convirtió en una lección sobre la vulnerabilidad, estupidez y desamparo femeninos. También podemos agradecer a Perrault por haber empezado a transformar a Cenicienta de un personaje activo, rebelde y autónomo en la imbécil pasiva y pija que conocemos hoy.

Perrault precedió a los hermanos Grimm, que crearon sus cuentos en la Alemania del siglo XIX. Los Grimm se lanzaron a esterilizar y expurgar los cuentos orales europeos y alemanes para que fueran adecuados para el consumo de los niños burgueses. Los hermanos Grimm entendían perfectamente que estaban transformando cuentos de entretenimiento en cuentos educativos. Tenían una agenda consciente para perpetuar unas normas y sistemas de valores aristocráticos. Esa es exactamente la razón por la cual unos cuentos que nunca fueron contados por, para o sobre la élite cultural llegaron a estar plagados de castillos, reyes, coronas doradas, bailes de salón, cortesanos y dóciles princesas esperando, montadas en un corcel blanco, que las salve un príncipe. Toda esa parafernalia aristocrática fue impuesta al cuento de hadas, y no es en absoluto intrínseca al género.

Incluso dado el proceso de selección y "patriarcalización" del cuento de hadas a través de la historia, es un error asumir que Disney sólo podía escoger entre los restos de una tradición folclórica ya pervertida. De hecho, incluso los cuentos de Grimm contienen ideas que Disney encontraría demasiado "radicalmente feministas" y "socialistas". La Cenicienta de Grimm, siendo dócil y encorsetada, aún parecería animosa al lado del tratamiento comatoso que da Disney a las bellezas higienizadas. Los cuentos de hadas europeos pasaron por una purga victoriana. A pesar de eso, Walt Disney riza el rizo. El tratamiento de Disney es más mojigato,

misógino, esterilizado, en definitiva, más "victoriano" que las versiones victorianas.

Existen alternativas subversivas a los cuentos dominantes. Se han escrito y se siguen escribiendo. Existen en las bibliotecas historias de Oscar Wilde, de Angela Carter, y muchas otras alternativas a Disney, históricas y contemporáneas. Por desgracia, poca gente las conoce.

Una historia antigua y femenina ha sido tan exitosamente transformada por el marketing de masas de Disney, que los cuentos de Disney son los únicos que conocemos. Otra falacia que perpetúa Disney es que sus cuentos revelan una ley natural e inevitable. Disney mantiene un sistema de premios y castigos basado en una jerarquía divina, un sistema que no puede ser cambiado. Claro que Blancanieves es premiada: ella es buena. Claro que su maligna madrastra es castigada: ella es mala. Disney no se preocupa de disfrazar esos premios como "espirituales", son siempre premios monetarios, premios de poder y de fama. Sabemos que Cenicienta superará su pobreza y esclavitud, no porque sea trabajadora y una revolucionaria ferviente, sino porque es tan bonita, tan modesta, sufre tan calladamente y además tiene los pies pequeños. Por cierto, la historia original de Cenicienta está documentada por primera vez en China hacia el año 200 D.C. Un noble chino descubrió la zapatilla perdida de una campesina y supo que estaba destinada a casarse con un noble debido a lo pequeños que eran sus pies.

Disney hace un uso intensivo de la historia de pasar de la pobreza a la riqueza. Realmente, es una historia inspiradora, que trae muchas esperanzas a las vidas miserables de los que se encuentran atrapados en un sistema clasista de desigualdades.

Hans Cristian Andersen fue un ávido perpetrador de ese tipo de historias. En las deliciosas historias de Andersen como "La sirenita" o "El patito feo" podemos entrever que unos pocos elegidos han nacido para hacerse con el poder. A través de una cuidadosa abnegación (la sirenita cambia su voz por un par de piernas), la repulsión hacia todo lo que sea vulgar, y el derecho divino al privilegio, los escogidos se elevan entre las masas.

La Twentieth Century Fox intentó rivalizar con Disney con su producción de Anastasia. Sin embargo, por lo que sé, la historia sigue con exactitud la fórmula de Disney de Aladino o de La sirenita. Como se nos muestra en Anastasia, algunas personas son buenas y nobles de forma innata como resultado de ser de buena familia y de un orden natural biológico absolutista. Las circunstancias pueden serles negativas a esos pocos elegidos en un momento determinado: la pobre princesa Anastasia se convirtió en huérfana durante la revolución rusa, caracterizada por bolcheviques danzarines gorditos y de rojas mejillas. A pesar de esta molesta revolución, que robó a Anastasia su nobleza, ella inevitablemente vuelve a resurgir para tomar su lugar entre la élite dominante. De la misma forma que cualquier princesa se sentirá incómoda con un guisante debajo de cien colchones, o que Aladino será reconocido por la montaña parlante como un "diamante en bruto", los elegidos siempre se elevan para tomar su merecido sitio entre los privilegiados. Gracias, Disney, por devolvernos a la preponderancia del determinismo racial y la eugenesia del siglo XIX, ideas que podrían ser consideradas obsoletas y peligrosas si no fueran tan encantadoramente procesadas en vuestras relucientes cintas de celuloide.

En El Rey León, Disney se apropia y habla en nombre del "reino" animal africano. Los animales del film están tristes, porque se dan cuenta que un líder entre ellos, escogido por Dios, es absolutamente necesario para su bienestar. Deben convencer al Rey León para que acepte su destino como fascista benévolo o se extenderá el caos, con bestias salvajes que traen la anarquía, etc. Y todos sabemos que las hienas no pueden mandar. Son demasiado feas y una especie moralmente depravada. No, tiene que ser un león, tiene que ser un león masculino y tiene que ser Simba: el Rey León.

Igual que las jerarquías son parte del orden natural de las cosas, también los roles sexuales están determinados "naturalmente". Pocahontas, como tantas de las heroínas de Disney, es una hija de la naturaleza. Los pájaros, los mapaches, los ciervos y otros animales salvajes

buscan su compañía. En Blancanieves y en La Cenicienta, los animales, que están siempre perfectamente en armonía con el orden natural de las cosas, son capaces de notar la bondad innata de la heroína. Esa es una prueba que podemos usar para entender que la heroína pasiva, bonita, sumisa y modesta está estrictamente de acuerdo con la ley natural. Los pajarillos nos lo dicen, y ellos deberían saberlo.

Se ha tildado a Disney de racista por el simple y obvio hecho de que el blanco siempre representa la bondad y el negro la maldad. Así que Disney se está moviendo hacia una imagen más inclusiva racialmente, no sea que pierdan el dinero de los que no quieren ser considerados racistas. Disney nos trae a la Princesa Jasmina, que es infeliz en su papel de aristócrata arábiga. Se disfraza de persona del pueblo para caminar entre ellos. Por supuesto, siendo incompetente, se mete en problemas, y es rescatada por Aladino, que tiene más mundo. Su invariable ascenso al poder (es un elegido, no?) la restaura felizmente al mundo de los privilegiados, porque ella también es una elegida: le gusta a la mula de Aladino, es muy bonita y demasiado delicada e inepta para sobrevivir a no ser que sea elevada por encima de las vulgares masas.

En Pocahontas, Disney reconstruye dulcemente a esta damisela obsequiosa en una de las más perversas distorsiones imaginables de la historia colonial norteamericana. Pocahontas conduce su canoa por entre las aguas rápidas y gráciles del "pragmatismo". Siendo el pragmatismo, por supuesto, la abnegación de su gente (la Primera Nación) y su voluntaria integración a los colonos europeos. Lo hace por el amor de un corpulento británico llamado John. Al final de la película, la vida de Pocahontas está en peligro. Está gravemente enferma, y tanto los colonos como la gente de su tribu comprende que la única medicina suficientemente poderosa para salvarla es la medicina europea. Así, para prevenir su inoportuna muerte entre los indios americanos, médicamente incompetentes, zarpa en un veloz navío a través del Atlántico hacia su salvación.

El mensaje de Disney sobre la armonía interracial es claro. No importa de qué color sea tu piel. No hay escape. Lo que importa es que seas guapa, buena, sumisa, abnegada, materialista y que aceptes las reglas del juego. Si eres de una raza diferente a la blanca, puedes o bien ser una princesa en "tu propio país" o puedes conformarte. Puedes hacer cualquiera de las dos cosas, a la vez que festejas cantando tu deferencia hacia el orden natural de las cosas. La condescendencia alcahueta de Disney a la "diversidad" racial es particularmente siniestra. No porque Disney no incluya a todas las razas, no porque Blancanieves sea oh, tan blanca, sino porque la fórmula de Disney opera sobre la base de la deferencia a una ley natural superior.

Jack Zipes remarca que "el mismo hecho de que los nazis reconocieran la necesidad de crear una política relativa a los cuentos tradicionales demostraba la conciencia general sobre su impacto cultural tanto en niños como en adultos". Sí, el Tercer Reich intentó presentar los cuentos de hadas de Grimm como una tradición aria pura, un arma ideológica que servía de hostil reproche a los cuentos modernos y socialistas que creaban escritores subversivos en su tiempo. Se apropiaron de esos cuentos y los reinterpretaban para probar e ilustrar sus ideales racistas. Los arquetipos como el príncipe valiente, la madre sacrificada y pasiva, la virgen sumisa y el rey poderoso eran perfectos para ilustrar los componentes de una familia aria (Zipes). Aquí está cómo un nazi, G.Grenz, interpretaba a Cenicienta: "La naturaleza no se deja engañar ni despistar. Se ofrece a la persona pura y devota... Junta los especímenes recomendables de cada especie...Y el príncipe encuentra la novia genuina y merecedora porque su instinto natural le guía, porque la voz de su sangre le dice que ella es la buena"

Se ha dicho a veces que los cuentos de hadas presentan "estructuras familiares no-tradicionales". Ciertamente, en cada cuento uno de los padres está siempre muerto, ausente, encantado o reemplazado por una madrastra maligna o algo así. Las familias de los protagonistas siempre están fracturadas. ¿Por qué? Para que podamos seguir a la heroína en su búsqueda por reencontrarla, porque una familia nuclear como Dios manda es el objetivo concreto más importante. El príncipe valiente debe rescatar a la sumisa heroína para que los escogidos puedan casarse y vivir felizmente por siempre jamás, en el castillo mágico

encantado, por supuesto.

En un mundo fantástico de castillos, hadas, sueños húmedos de necrofilia y brujas que no son quemadas en absoluto sino que se autodestruyen espontáneamente en deferencia a las leyes naturales, casi todo es posible. Teteras cantantes, ratones que cosen, alfombras voladoras, casi todo es posible, pero nunca pasa nada que esté fuera de los límites de la ideología clasista, racista y sexista. Pero son sólo cosas de niños, ¿no? No hace ningún daño a nadie, ¿verdad? "Algún día mi príncipe vendrá corriendo" canta entusiasmada Blancanieves. Pero, ¿le preocupa si ella se correrá? No, pero este doble sentido no lo entienden los niños, ¿a que no?